

tinez de Campos encontraba obstáculos difíciles de salvar, habiendo trinchera que fué tomada, perdida y vuelta á tomar hasta tres veces; y Concha al fin se enseñoreó de las alturas de las Muñecaz. A Elio se le acusó de no haber concurrido con todas sus fuerzas á defender aquel punto.

Los carlistas quedaron rebasados. Se encargó á Lizárraga dirigiese la retirada, bajó á Sopena, y Elio se retiró con sus fuerzas á Galdames.

Concha vivaqueó aquella noche del 28 en medio de sus tropas, á pesar de la abundante lluvia que caía, y preparó el ataque del día siguiente á la izquierda, por el estribo que dominaba por la cordillera principal el valle de Galdames, facilitando así el movimiento á Laserna y Palacios hacia dicho valle, pudiendo despues el marqués inclinarse á la derecha. Marchó el mismo Concha con la vanguardia á reconocer el terreno y ordenar el combate, supo con sorpresa en el camino el abandono de Avellaneda y de sus posiciones, lo ocupó todo la vanguardia; visitó el marqués el hospital de la Cruz roja lleno de heridos carlistas á los que tranquilizó y obsequió; envió fuerzas á dominar el valle de Galdames para envolver la línea carlista y proteger la marcha que al día siguiente habian de hacer las tropas por un difícil desfiladero de tres horas que conduce á San Pedro de Galdames, y aquella operacion dificultosa, en medio de un temporal de agua y niebla, por terreno escabroso y en la oscuridad mas completa, terminó felizmente á las doce de la noche. Campos se incorporó por la tarde con el resto de su division, y todo hubiera estado dispuesto para el amanecer del 30, á no ser por la marcha difícil y lenta del convoy de carretas.

Elio mandó abandonar á Sopena y reunió fuerzas en Galdames, situándose en Güeñes, como punto céntrico. Al ver que el marqués enviaba tropas en todas direcciones, se confundió por no saber el camino que se proponia seguir. Atendió á la defensa de los puntos que creyó amenazados, no destacó algunos batallones á defender los senderos casi impracticables que los liberales tenian que forzar para ascender á la sierra de Córtes y Galdames; desconcertó á Elio el movimiento de Concha desde Sopena por la carretera de Valmaseda; abandonó á Galdames precipitadamente á Güeñes, cuyos puentes estaban minados y dispuestos á volarlos. Concha desorientó completamente á Elio, y cuando este se convenció del objetivo de los enemigos, que era Galdames, ya era tarde para remediar su descuido. El liberal iba á dividir al ejército carlista interponiéndose entre las fuerzas de Dorregaray y las de Elio, y corriéndose por los montes sobre Castrejana antes que los carlistas se retirasen de la línea de San Pedro Abanto, iba á encerrarlas entre el mar y la ría y á coparlas allí.

Peleábase en tanto en la línea de Somorrostro; ocupó Laserna el ferro-carril de Galdames, coronaron fuerzas liberales las alturas que se les designaron; lo mismo sucedió por la derecha, y á las diez y media de la noche eran dueñas de formidables posiciones, iluminando en aquel momento la luna las ensangrentadas y elevadas rocas. El tercer cuerpo estaba ya á retaguardia de la línea carlista. Bilbao podia considerarse libre. Era tan grande la derrota que experimentaban los carlistas como inmenso el triunfo de los liberales.

Con la posesion de Galdames, inutilizó Concha y puso fuera de combate las fuerzas de Elio. Este pudo remediar sus muchas y grandes faltas enviando fuerzas desde Sodupe á tomar la sierra de Galdames; pero lo hizo tarde. No habia mas remedio que emprender la retirada, sin detenerse ni en la línea del Cadagua, ni en las posiciones de Castrejana.

El marqués del Duero fué aclamado por el ejército al hallarse en la altura de Santa Agueda, donde vió coronados sus esfuerzos.

Al continuar el 2 su marcha el marqués del Duero, se le presentaron tres jóvenes auxiliares de Bilbao, avisando la retirada de los sitiadores, la quema del puente de Castrejana y la cartadura del de Burceña. Avisó por su ayudante al duque de la Torre lo que ocurría; que iba á pasar el Cadagua, y que le esperaria en las afueras de Bilbao para que entrase á la cabeza de las tropas: contestóle el duque, poniéndolas todas á su disposicion, puesto que iba á quedarse de general en

jefe del ejército; que el marqués entrase el primero en Bilbao, pues queria tuviera aquel honor el general distinguido que tanta gloria habia conquistado, y que el duque no entraria hasta la tarde; y para desvanecer hasta el último escrúpulo de compañerismo y de consideracion por parte del marqués hacia el jefe del Estado, el duque, impulsado por uno de esos nobles sentimientos que le son tan comunes, ordenóle al mismo tiempo por medio del conde de Paredes de Nava, que entrase en Bilbao con sus tropas sin aguardarle.

Así lo hizo Concha, precediéndole de su órden el joven conde, que tuvo la fortuna de ser el primero que saludó á los heroicos bilbaínos y ser de ellos saludado. La entrada en Bilbao del ejército libertador, el abrazo que allí se dieron los generales Serrano y Concha, el entusiasmo que todo producía, hicieron inolvidable el 2 de mayo para los bilbaínos, á los que debe la patria eterno reconocimiento.

CAPITULO II

Muerte del general Concha.—Sucesos carlistas y liberales.

Concha quedó al frente del ejército liberal, y Serrano regresó á Madrid, donde fué recibido con arcos y flores, diciendo con loable sinceridad á los que en la estacion le victoreaban: «Al general Zavala se debe todo.»

Los carlistas tomaron posiciones entre Durango y Galdácano, trazando una extensa línea: procuraron hacer renacer el entusiasmo; se comprometió la provincia de Vizcaya á comprar cañones y 10,000 fusiles mas; repitióse el célebre *no importa*, y fué olvidando el anterior desastre, pensando todos en compensarle. Dióse á Dorregaray el mando del ejército carlista, al que alentó á seguir adelante, continuando aquel en sus posiciones hasta el 15 de mayo que al saber que Concha se movía hacia Vitoria, marchó Mendiri con la division de Navarra para Villarreal, y las divisiones alavesa y castellana por el valle de Arratia, en la misma direccion.

Despues de atender el marqués del Duero á poner á Bilbao á cubierto de un nuevo ataque, fijo en su idea de batir á sus enemigos en Navarra, donde pensaba que los resultados serian mas trascendentales, no se decidió á seguir á Durango y sí á trasladar la base de operaciones á la línea del Ebro entre Miranda y Tudela, para penetrar en Navarra por la Ribera y caer sobre Estella. Concha se lamentaba de que en las anteriores operaciones le habian faltado cuatro horas para obtener un triunfo decisivo, cortando á los carlistas la retirada de Somorrostro.

Emprendió el ejército la marcha por Valmaseda, valle de Mena, puerto del Cabrio á Medina de Pomar; de aquí á Osma por el camino mas corto, cruzando el valle de Losa, para hacer en aquellos pueblos lo que iba haciendo con otros que se distinguian por su carlismo, que era sacarles buen número de raciones; como el camino era de herradura, se desprendió de la artillería Krupp y de los carros; penetró en Orduña sin mas resistencia que el fuego de unas guerrillas de caballería, siguió por Espejo y Subijana á Vitoria, desde donde efectuó algunos reconocimientos de las posiciones carlistas, entrando en Villarreal; y como no se proponia trabar combate con sus enemigos, á pesar de presentarse estos á pecho descubierto, se sostuvo solo un pequeño tiroteo de guerrillas. La misma excursión se efectuó sobre Salvatierra, y por Peñacerrada, La Guardia y el Condado de Treviño, y se trasladó Concha á Logroño, sin mas que un pequeño tiroteo en la Sierra de Toloño.

No pudiendo dudar los carlistas que Estella se veia amenazada, trasladaron á esta ciudad sus fuerzas, se fueron atrincherando los montes que la rodean, extendiéndose las trincheras desde Abarzuza á Erezala, estableciendo otra línea de Muru hacia Eraul á concluir en Ibiricu sobre Abarzuza: se decidió tambien atrincherar la falda de Monte Jurra, uniéndose sus atrincheramientos con los de Estella, y se prolongaron á la falda de Monjardin y á otros puntos no solo á la derecha del rio Ega sino tambien á la misma del Arga, prolongando las trincheras hasta el puente de Belascoain. La principal defensa de Estella la constituye el terreno

accidentado que la circunda, siendo la parte norte la de mas fácil acceso por las carreteras que la afluyen y la poca elevacion de sus montañas; de aquí el empeño de Mendiri en atrincherar esa parte, como lo consiguió, colocándose convenientemente las tropas carlistas.

No se limitaron estos á defender á Estella en sus alrededores, sino que empezaron á bombardear á Hernani, para llamar la atencion de Concha hacia aquel punto; se envió á Lizárraga á Aragon con las fuerzas aragonesas; el 9.º de Navarra fué tambien por el Alto Aragon hasta cerca de Jaca; esforzóse Concha en hacer frente á las contrariedades que se le presentaban y las fué venciendo; atendió á las necesidades del ejército; trasladóse á Lodosa, á cuyo ayuntamiento, clero y demás que salieron á recibirle les demostró lo incalificable de la insurreccion, la falsedad del sentimiento religioso que se explotaba imponiendo pena de la vida al que hablase de paz, con lo cual se concluía el Evangelio, añadiéndoles que puesto que querian la guerra la tendrian con todas sus consecuencias, y habian de llorarlas; y aquel infatigable general, que apenas conocia el descanso, á la vez que de múltiples é interesantes asuntos se ocupaba, redactó las instrucciones para el ataque de Estella, de las que dió conocimiento á los generales, acompañándolas de un plano del terreno en que habia de operarse, y marchó á Lodosa.

Resueltos los carlistas á impedir la entrada de sus enemigos en Estella, prepararon la voladura de los puentes del Ega, y eligieron excelentes posiciones, abriendo en las colinas que á la ciudad circunvalan, en un perímetro de cinco leguas, numerosos atrincheramientos.

Sondas proclamas alentaron el valor de ambos combatientes. Concentrado el ejército liberal en Larraga y Lerin, se movió el 25 de junio hacia Estella, en tres columnas, dirigiéndose la primera que mandaba Martínez de Campos á Lorea, Lacar y Alloz, siguiendo por la cumbre del monte Esquinza; la segunda guiada por Echagüe, fué faldeando el anterior monte á atacar el bosque de la vertiente meridional, y la tercera á las órdenes del general en jefe, marchó á Oteiza por la carretera, á donde caminó tambien el primer cuerpo por la izquierda del Ega. Sin mas que un ligero tiroteo llegaron estas fuerzas á los puntos designados, y al descubrirse recíprocamente en las alturas del Esquinza, que esperaban les fuesen disputadas, y observando á las que por los flancos iban cubriendo su movimiento á la misma altura, prurupieron en un hurra, que las montañas vecinas repitieron por toda la comarca, llenando de confianza al soldado y de satisfaccion al general en jefe. Siguió avanzando la brigada de vanguardia, cañoneando al pueblo de Grocin; una parte de las tropas que conducía el general en jefe tomó posicion en las alturas á la derecha de la carretera de Oteiza á Villatuerta, para batir los montes de Estella y al mismo Grocin, se ocuparon los pueblos de Villatuerta, Arandigoyen y Murillo, y solo merced á la hábil estratagema empleada, pudieron las tropas liberales posesionarse tan fácilmente de aquellos importantes puntos, y alojarse á unos tres kilómetros de Estella, formando un semicírculo frente á aquella plaza, dejando á su espalda á Cirauqui y Mañeru.

Habia manifestado Dorregaray que si Concha atacaba por un lado, le harian todos frente, y si dividia sus fuerzas, á la division que se presentara en peores condiciones, la atacaria para *apoderarse completamente de ella*. Comprendiendo la imposibilidad, como dijo en su parte, de empezar la defensa á larga distancia de Estella, limitó su línea, y al pronunciar el enemigo su movimiento, los carlistas ocuparon las posiciones que se extienden desde Allo por Dicastillo, Morentin, alto sobre Villatuerta, Grocin, Muru y las al norte y este de Estella, terminando en Eraul y Puente de Echevarri. La extrema derecha la defendian siete batallones con la brigada cántabra, teniendo en Allo un regimiento de caballería y cuatro compañías de Navarra, colocando en la batería de Echevarri dos piezas; el centro que se extendia desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta hasta Muru lo ocupaban ocho batallones y la media brigada guipuzcoana con seis batallones mas, teniendo en reserva otras fuerzas que cuidaban de la izquierda.

Iniciado el movimiento liberal, se introdujo gran pánico en Estella, cuyos habitantes la abandonaron llevándose ganados, muebles, ropas y cuanto podian. Mendiri previno á los jefes de batallon el camino que cada uno habia de seguir en el caso de tener que retirarse.

Preparados ambos combatientes en la noche del 25 para el combate del nuevo día, al tocarse la diana le iniciaron los carlistas: secundó el primer cuerpo; trasladóse el cuartel general de Lorea á Murillo, donde permaneció esperando la llegada del convoy, que debia haber salido la noche anterior de Oteiza para aquel pueblo, segun lo habia ordenado al intendente y á los jefes nombrados para su custodia, y exclamaba Concha impaciente: *¡Qué dirán en Madrid! ¡Qué creerán los carlistas al ver que no les atacamos? Y sin embargo, no es posible obligar á estos soldados á hacerlo sin alimento* (1). Y así tuvo que hacerlo, aunque ya tarde y en medio de un deshecho temporal, tomándose el pueblo de Zurucuain y un pequeño bosque al pie de las alturas de Montalban, dirigiéndose desde éstas el ataque á Abarzuza.

Presenciada por Concha la toma de Zurucuain, marchó con el mismo objeto hacia Abarzuza á donde llegó en el momento que se conquistaba, estableciéndose en este pueblo. En los demás puntos se sostenian reñidos combates, porque las operaciones de este día 26 se habian diferenciado de las del anterior, en que ya se fué encontrando todo el terreno cubierto de formidables trincheras bien defendidas.

Atendió Concha al establecimiento de las tropas y confió en la llegada del convoy de raciones, que tanto le iba ya perjudicando: pues por la demora con que obligó el día anterior á emprender las operaciones, dió tiempo para que los carlistas se apercebieran del verdadero punto de ataque de su enemigo, y llamaran precipitadamente á los batallones que tenian en las faldas de Monte Jurra y Monjardin, y por la parte de Cirauqui, Mañeru y Puente la Reina.

Al amanecer el 27 aun no habia llegado el convoy, y cuando lo hizo á Montalban, solo conducía 10,000 raciones de pan, por quedar atascados muchos carros en el camino. No pudo empezar el combate hasta las dos de la tarde, disgustando grandemente al general en jefe el incendio de algunas casas de Abarzuza, condenando enérgicamente este y otros excesos que estaba resuelto á castigar. Ocupado con la lucha que se emprendió con resolucion y se siguió con valentía, acudia á todas partes. La artillería disparaba sin descanso para facilitar el bregar de la infantería; lanzóse esta avanzando hacia Monte Muru y ermita de San Pedro de Muru; habia que atravesar un riachuelo, cuyo único puente se hallaba sobre la carretera, y una vez atravesado subir los ásperos escarpes de la montaña, y al empezar el descenso al arroyo las cabezas de las columnas, rompieron el fuego los carlistas desde sus enterradas trincheras, sin que aquellas detuvieran su marcha á pesar de las dificultades que ofrecia el paso del rio á la desfilada y con agua á la cintura. Empezóse la subida bajo un nutridísimo fuego de frente y flanco, azotando además una copiosísima lluvia acompañada de un viento horrible, que lanzaba el agua y el humo de los incendios de Abarzuza, sobre las baterías y las tropas, imposibilitando descubrir las posiciones carlistas, á pesar de lo cual, á la media hora de emprendido el ataque, coronaban la altura por la izquierda las guerrillas de Barbastro y Alcolea, y por el centro las de Ciudad Rodrigo, arrojando á la bayoneta al carlista de sus defensas. Mas no por esto se habia triunfado en aquella parte: lo largo y rápido de la pendiente de la montaña, la configuración del terreno, cruzado de arroyos profundos, zanjas y setos, formando en su vertiente una serie de bancales y escalones que no permitian la subida uniforme, obligaban para rebasarlos á descomponer la formacion de los batallones y desunir las compañías y hasta las hileras, teniendo que dividirse para buscar un fácil acceso á veces á larga distancia. Reducidos así á grupos aislados sin enlace ni cohesion, al

(1) Al medio día se supo que, mal dirigido el convoy por guías, perdió el camino, tuvo que retroceder á Oteiza y fué causa de que aquel día 26 no se reanudaran las operaciones hasta las cuatro y media de la tarde.

salvar los obstáculos de la subida tenían que mostrarse débiles y mermados por las numerosas bajas que ocasionaba el fuego de los carlistas; y como en cada uno de los escalones que se ganaban se aumentaba el fraccionamiento de las fuerzas, hubo guerrilla que al escalar la altura llegó solo con 27 hombres.

El enemigo llevaba allí sus mejores fuerzas, con las que el soldado liberal, empapado en agua, cubierto de lodo, cansado, hambriento, y sin formación compacta ni sólida, hubo de sostener cuando se creía victorioso, un combate cuerpo á cuerpo, rudo, desigual, con los carlistas que saliendo del revés de la montaña donde se mantenían á cubierto del fuego, acometieron á la bayoneta y obligaron á retroceder al liberal; pero peleándose en muchos puntos en las mismas trincheras que quedaron regadas con la sangre de aquellos valientes, sirviendo de sepultura á no pocos.

Las fuerzas liberales que llegaron á las trincheras de Murugarren tuvieron que retroceder á Zaval; para evitar la pérdida de Abarzuza se enviaron refuerzos exclusivamente destinados á esperar en este punto las órdenes del general en jefe: peleábase en todas partes con varia alternativa, perdiéndose y ganándose posiciones bravamente disputadas: contúvose á los dispersos de Monte Muru y cesó por esta parte la reacción ofensiva de los carlistas, que volvieron á sus trincheras á guarecerse del fuego que de nuevo se les hacía, resueltos unos á esperar y otros á emprender un tercer ataque. Concha acometió entonces la empresa de apoderarse de Monte Muru, á pesar de que Echagüe quiso impedirlo ofreciéndose á ejecutar por sí la operación; comenzó el marqués á ganar la pendiente y accidentada eminencia de Monte Muru: imposible á mitad de ella la subida á caballo, apeóse, y apoyado en el brazo de uno de sus ayudantes, continuó subiendo; con las pocas fuerzas que conducía ganó lo alto de la posición, inspeccionó las posiciones carlistas; tomó, á su pesar, la resolución de diferir el ataque para el día siguiente—eran las 7 y media de la tarde—lisonjeándole la esperanza de un triunfo decisivo, pues no dudaba conquistar aquellas trincheras que veía á unos 50 pasos de distancia, y á poco, una bala enemiga cortó aquella vida consagrada siempre á la defensa de la libertad y de la patria.

Falto el ejército de raciones, quebrantada en algunos puntos su moral y muerto su jefe, se consideró que no podía continuar la batalla al día siguiente, y se acordó la retirada, que no fué lo ordenada que pudo y debió haber sido. A las diez de la noche empezaron á llegar á Murillo batallones sueltos y otros en estado de dispersión por compañías y aun pelotones, pidiendo todos de comer. Se fué restableciendo el orden, se situaron bien los cuerpos que habían de proteger la retirada, y sin perder un carro ni una acémila, llegó todo el ejército á Oteiza, siendo las últimas tropas que lo efectuaron las del primer cuerpo que sostuvieron la retirada.

Los carlistas ignoraron aquella noche la muerte del general Concha, y cuando á la mañana siguiente salieron algunas fuerzas á efectuar reconocimientos, especialmente para recoger armas y municiones perdidas, supieron lo sucedido, les indignaron los incendios de Abarzuza, Zaval, Zurucuain y Villatuerta, se lanzaron contra los liberales, hicieron 155 prisioneros en Abarzuza, siguieron á la carrera por el camino de Lorca y se hubieran posesionado del monte Esquina con gran detrimento de los liberales, si estos no hubiesen tenido ocupada posición tan importante.

Fué notable sin duda aquella retirada, con inmenso convoy, desfilarlo después majestuosamente por malos caminos, ante un enemigo no despreciable, conteniéndole de posición en posición y salvándolo todo. Se descansó tres horas en Oteiza y se continuó la marcha á Tafalla.

Cerca de 2,000 bajas experimentaron los liberales entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados: los carlistas apenas perdieron 300 hombres.

Los mismos jefes carlistas confiesan que el general Concha dirigió con admirable inteligencia la batalla, efectuando el desarrollo de sus fuerzas como en un simulacro; «pero le faltó, estratégicamente hablando, dice Mendiri, apreciar lo que siempre constituyó nuestra debilidad. Si una vez situa-

das sus fuerzas sobre Villatuerta, Murillo, Zaval y Abarzuza, nos hubiera entretenido con pequeños ataques de guerrillas, sin comprometer sus masas adelantando aquellas con sus reservas parciales hasta obligar á nuestros voluntarios á romper el fuego, dos días hubiéramos podido resistir; pero al tercero nos habríamos visto obligados á abandonar las posiciones y la plaza por falta de municiones, pues con las que teníamos de reserva apenas hubiéramos podido reponer de 30 á 40 cartuchos por plaza.»

Es exacto; pero Concha se había encariñado con un plan vasto, extenso, que no solo le diese una victoria, sino que le produjese un resultado decisivo: no le satisfacía la mera ocupación de Estella si no hacía á la vez algunos miles de prisioneros. La ocupación de Estella pudo conseguirse, mas no conseguía el marqués su objeto, y la pérdida de los carlistas se habría limitado á la de la ciudad, quedándoles libre la retirada. Concha hubiera deseado disponer de otro cuerpo de ejército que por la Solana y los Arcos se hubiera dado la mano con la derecha liberal, encerrando así á los carlistas en un verdadero círculo de hierro que les hubiera sido difícil si no imposible romper; pero no había mas tropas de que disponer.

Los carlistas, si no temieron, dudaron del resultado de aquel avance. Dorregaray escribía al ministro de la Guerra: «Ahora tenemos, pues, al enemigo sobre nuestro flanco, y si intenta un esfuerzo podrá colocarse á nuestra espalda; de modo que las condiciones de defensa han variado muchísimo. Procuraremos sostenernos lo que se pueda, pero no podremos hacerlo hasta lo último, por lo difícil de la retirada si ellos consiguen avanzar por la línea. En el caso de que fuera indispensable abandonar estas posiciones y dejar franca la entrada de Estella, hemos pensado enviar cada división á su provincia respectivamente para operar en ella y aguardar los nuevos recursos.»

El triunfo que los carlistas obtuvieron era grande; pero le empuñaron por no hacerse algunos superiores á las malas pasiones. Ciento treinta y cinco jóvenes, llenos de vida, fueron condenados á muerte después de someterlos á un consejo de pura fórmula, solo para cubrir las apariencias. Porque eran prisioneros se les condenó como incendiarios, y muchos de ellos no habían entrado en poblado desde que salieron de Tafalla. Era un verdadero asesinato, y merced á los humanitarios sentimientos y actividad que mostraron los jefes carlistas Segura y García Sobrino, que obtuvieron de don Carlos que en vez de sacrificar á tantos se los diezmará, solo fueron fusilados catorce, incluso el alemán Smith (1).

Títulos y condecoraciones, mercedes y festejos fueron la consecuencia obligada de los triunfos obtenidos por los carlistas, y todo abundó para celebrar el que acababan de conseguir; mas no se aprovechaban ni daban resultados por la escasa importancia de los hombres políticos que rodeaban á don Carlos, origen de muchas discordias y no pocos desastres.

Mucho podían haber hecho las diputaciones carlistas; pero la de Vizcaya se puso en completa hostilidad con el comandante general Velasco, la de Guipúzcoa mandaba comisiones contra Lizárraga; la de Alava carecía de recursos y la de Navarra usaba de una autonomía que á todos disgustaba. El obispo de Urgel, mostrándose mas católico que carlista, des-

(1) Estos fusilamientos produjeron un grito de indignación en todas las almas nobles, y el mismo Dorregaray se consideró obligado á publicar un largo escrito en *El Cuartel Real* para decir á la España, á la Europa y al mundo civilizado, los móviles de aquella grave determinación que se había visto precisado á tomar. Retrotrayendo los hechos á julio de 1839, aduce los fusilamientos de Montealegre, de Iglesuela y de Valcovero, el plan de Escoda, el de Carretero en Córdoba, la muerte de los inofensivos carlistas que en 1872 se estaban bañando en el Tajo, y otros hechos menos importantes á los que daba carácter oficial; exponía el comportamiento tenido con los prisioneros que se habían hecho en distintas acciones, y sublevado ante los incendios de Villatuerta, Zurucuain, Zaval y Abarzuza y otros excesos, decía: «Hoy hemos fusilado no mas que la décima parte de los criminales: de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos: de hoy para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras.»

agradó altamente á don Carlos: el cuerpo de artillería, cuya arma era la mayor necesidad que se sentía, se puso en grave disidencia con las diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa por la administración de las fábricas de armas; se suscitaron antagonismos entre Dorregaray y Elio, que empezaron por ser supuestos y acabaron por muy verdaderos; mostraron poca discreción y mas apasionamiento que tacto político algunos de los que acompañaban á don Carlos y formaban su corte, y se fueron sembrando vientos que habían de producir tempestades. Los triunfos de febrero y marzo aumentaron de tal manera las aspiraciones de los políticos carlistas, que se creyó llegado el caso de crear ministerios, mas para satisfacer desmedidas ambiciones que para hacer frente á verdaderas necesidades: como no todos pudieron ser ministros ni directores, crecieron las intrigas y el disgusto, llegando á levantarse una partida al grito de: ¡muera los ojalerteros!

La presencia en España de doña Margarita, esposa de don Carlos, remedió algunos males, pero no pudo estirpar el germen de ellos; había ido á purificar la atmósfera, y solo consiguió disipar algunas nubes.

Esmerábase don Carlos en complacer á todos, en mostrar que no era afecto á una intransigencia absurda y sistemática, y dió el 16 de julio el famoso manifiesto de Morentin, ratificándose en cuanto había dicho en su carta á su hermano don Alfonso, añadiendo que satisfaría los sentimientos religiosos de la católica España y su amor á la monarquía, pero sin espionaje religioso ni despotismo; que no molestaría á los compradores de los bienes de la Iglesia; que quería una legítima representación del país en Cortes y añadía: «Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen mas ley que la arbitrariedad, ni tienen energía mas que para encarnizarse con los vencidos y atropellar á los indefensos no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades. ¡No he probado cien veces con mis adversarios rendidos, que ni la arbitrariedad ni el rigor hallan cabida en mis sentimientos de rey?»

Por considerarle liberal combatieron algunos este manifiesto.

Los negocios carlistas en el extranjero entraron en su período crítico, á pesar de la actividad que mostraron sus agentes, enviados hasta á Rusia.

Importando mas los negocios interiores, especialmente á las diputaciones, habían pedido estas á don Carlos la creación de un centro permanente formado con representantes de las cuatro corporaciones, para la mas rápida gestión de los negocios y estrechar la unión y armonía de las autoridades forales de las cuatro provincias; creóse el centro Vasco-Navarro, compuesto de cuatro individuos elegidos respectivamente por cada una de las diputaciones, y aunque por el pronto armonizaron unos y otros poderes, eran muy encontrados los intereses de los que gastaban con los de los que tenían que recaudar y producir.

La que se erigió en verdadero poder anulando el de la diputación, fué la junta de las merindades en Vizcaya, especie de congreso constituyente, que organizó servicios administrativos, compró 27 cañones de acero, y municiones (1), y acordó se demostrara á los representantes de las provincias hermanas la necesidad de que cada una se administrase y rigiese por sí misma en todos los ramos. Luchó con la ingenuidad del poder militar en los asuntos civiles, y no descansó seguramente en su laboriosa gestión y grandes esfuerzos, llegando hasta ordenar el armamento general del país, después de las sacas que se habían efectuado de todos los mozos útiles de 18 á 40 años, incluso los casados.

Gran celo emplearon la junta de merindades y la diputación en dar hombres y recursos para la guerra, ascendiendo

(1) Todo lo cual desembarcó en Bermeo, produciendo gran júbilo entre los carlistas.

Los fondos los reunió por medio de empréstitos y anticipos.

el importe de suministros y demás servicios, solo en Vizcaya en cuatro años á unos 44 millones de reales: en Guipúzcoa ascendían los gastos de guerra á dos millones mensuales; no eran menores en las demás provincias, á todo lo cual, á las pagas de empleados, etc., tenían que atender las diputaciones. Esto hacía á veces terrible su situación, y aun se les dirigían graves cargos, obligándolas á rechazarlos y á contestar: «Esta corporación tiene la sensible desgracia de que nunca lleguen á oídos de su soberano, respecto á la misma, mas que noticias desagradables.... Han informado mal á Su Majestad; ó mejor dicho, han faltado á la verdad en daño de una junta á quien nadie aventaja en celo.—La maledicencia con su cinismo, el odio con su encono y la indiscreción con sus funestos extravíos, gastan á los hombres mas sinceros y leales, cuando esos hombres constituyen una corporación gubernativa que en el ejercicio de sus funciones está llamada á intervenir en los destinos sociales.» Se destituyó á unas juntas y diputaciones, se amonestó á otras, no reinaba tampoco entre ellas la armonía necesaria, se resentían muchos servicios, y la administración estaba muy lejos de ser lo esmerada que los mismos carlistas han pretendido presentar, engañándose á sí mismos.

En el campo liberal no todo eran satisfacciones y felicidades. El ministerio del 3 de enero atravesaba crisis grave, cuando llegó el pavoroso telegrama de Moriones, que tanto impresionó al gabinete: se conjuró por entonces la crisis, inspirándose todos en los mas elevados sentimientos de patriotismo, prestándose el duque de la Torre á ir al ejército; fué investido con el cargo de presidente del Poder ejecutivo, quedando el general Zavala de presidente interino del ministerio, continuando con el departamento que venía desempeñando con tanto celo y acierto; deseó después el duque regresar á Madrid, donde creía sin duda necesaria su presencia, y comprendiendo Zavala lo trascendental de este asunto, procedió con la dignidad y elevación de miras que eran en él tan naturales, aun arrojando desconfianzas de quienes no comprendían tanta nobleza de sentimientos.

Al regreso mas adelante á Madrid del duque de la Torre, encargóse al general Zavala la formación de un nuevo ministerio; querían ambos generales mantener la conciliación, y el programa que se trazó el marqués de Sierra Bullones era breve: pensar solo en concluir con los carlistas, y formar un ministerio de todos los partidos, sin excluir el republicano y alfonsino, y concluida que fuese la guerra, las Cortes, libremente elegidas, serían las árbitras de la suerte de la nación. Pero los hombres políticos no secundaron tan patrióticas ideas, tan nobles propósitos; no pudo Zavala desvanecer los delicados escrúpulos del señor Abarzuza y de otros republicanos, la firme resolución del señor Martos y sus amigos radicales, y la intransigencia alfonsina para que el señor Elduayen formase parte del nuevo ministerio, y el encargado de formarlos resignó en el presidente del Poder ejecutivo los poderes que de él recibiera. Podía lamentarse de la falta de patriotismo en todas las fracciones, y en circunstancias tan críticas como aquellas; pues ya había dicho el general Serrano que los carlistas quedaban quebrantados, pero la guerra no estaba concluida y aun había que hacer grandes sacrificios para obtener la paz.

Infructuosos los esfuerzos del general Zavala para formar el ministerio de conciliación, declinó el encargo, y lejos de admitir el duque su dimisión, le manifestó que si no continuaba encargado de la formación del ministerio que fuera posible, aquel mismo día reuniría á los notables de todos los partidos y les entregaría el poder que de ellos había recibido. A esta amenaza cedió el marqués de Sierra Bullones y formóse el gabinete del 13 de mayo, bajo la presidencia de Zavala, con los señores Sagasta, Alonso Martínez, Ulloa, Camacho, Romero Ortiz, Alonso Colmenares y Rodríguez Arias, dándose á conocer por medio de un manifiesto en el que decían que, aunque sus individuos procedían de un solo partido, querían gobernar sin el estrecho criterio de las banderías políticas, por lo que esperaban el apoyo de los liberales de todos los matices; que el espíritu generoso de la revolución de setiembre y sus aspiraciones regeneradoras las represen-